

THÉRÈSE DELPECH. CAOS MUNDIAL, TERRORISMO INTERNACIONAL

POR VICENTE HUESO GARCÍA

A pesar de haber irrumpido hace relativamente poco tiempo en el pensamiento estratégico europeo, Thérèse Delpech tiene una intensa presencia tanto dentro de Francia como en el ámbito internacional en relación con los temas de seguridad. Directora de los Asuntos Estratégicos en la Comisaría de la Energía Atómica desde 1997. Miembro de UNMOVIC (Comisión de Inspección, Verificación y Vigilancia de Naciones Unidas para Irak) e investigadora asociada en el Centro de Estudios de Investigaciones Internacionales (CERI). También ha sido asesora técnica en temas político-militares en el Gabinete del Primer Ministro de Francia entre 1996 y 1997. En los años que van desde 1987 a 1995 fue Directora Adjunta de Asuntos Internacionales (sobre aspectos estratégicos, de defensa y no-proliferación) en la Comisaría de la Energía Atómica.

Ha publicado las siguientes obras: *“L’Héritage nucléaire”* (Complexe, 1997), *“La guerre parfaite”* (Flammarion, 1998), *“Politique du Chaos”* (Le Seuil, 2002) e *“International terrorism and Europe”* (Institute for Security Studies, nº 56, 2002). Donde mejor se refleja su labor intelectual en el campo de la seguridad internacional es en los numerosos artículos publicados en revistas especializadas y en sus intervenciones en diferentes foros internacionales. Entre ellos se pueden citar en relación con el tema que nos ocupa, *“Les paradoxes du désarmement”*, La revue internationale et stratégique, nº 30, 1998; *“Restoring Compliance”*, New Horizons and New Strategies in Arms Control, Sandia National Laboratories, 1998; *“The Future of the Transatlantic Relations; Three Scenarios”*, Transatlantic Relations in Transition, Campus Verlag, 1998; *“US Ballistic Missile Defense. A French View”*, Disarmament Diplomacy, 2000; *“Transparency, Verification and Safeguards”*, SIPRI, Nobel symposium proceedings, 2001; *“Convincing the Allies, a Difficult Objective”*, Pugwash Occasional Papers, 2001; *“La parole est à la défense”*, Critique

Internationale, nº 13, 2001; “*Face aux nouvelles menaces, quelle coalition antiterroriste?*”, Esprit, 2001; “*Embracing Death*”, Internationale Politik, 2001; “*The Imbalance of Terror*”, Washington Quaterly, 2002; “*Le risque d’usage augmente*”, Les Cahiers de Mars, 2002; “*Major Powers in the 21st Century*”, Occasional Paper, nº 8, Monterrey Institute of International Studies, 2002; “*L’ère de la guerre asymétrique est-elle arrivée?*”, La Revue Socialiste, nº 8, 2002; “*Quatre regards sur le 11 Septembre: Etats-Unis, Europe, Russie, Chine*”, Esprit, 2002.

INTRODUCCIÓN

Los atentados terroristas perpetrados en Nueva York y Washington por miembros del grupo Al-Qaeda el 11 de septiembre de 2001 pusieron de manifiesto, una vez más, que la seguridad comprende no solamente aspectos objetivos, sino también emocionales y subjetivos. Es decir, la seguridad es en esencia “una situación”, la de estar protegido frente a los posibles riesgos o amenazas pero también “un sentimiento”, el de sentirse seguro, protegido.

Para que cualquier sistema de seguridad, nacional o internacional, sea efectivo se requiere que realidad y percepción coincidan. Después del fin de la Guerra Fría la euforia se apoderó dentro de la ciudadanía, principalmente dentro de los Estados del mundo occidental. Es el periodo de los dividendos de la paz. En definitiva, lo que se estaba diciendo es que la dimensión militar de la seguridad ya no sería necesaria, en parte porque los ciudadanos no percibían riesgos que pudieran afectar a sus valores, intereses y estilos de vida. Consecuentemente, nuevas definiciones de seguridad aparecieron, dando mayor énfasis a los aspectos medioambientales, económicos, diplomáticos, etc. Publicaciones como la de Francis Fukuyama, “*El final de la historia y el último hombre*” consideraban que el triunfo de la democracia liberal, como forma más perfecta de gobierno, traería el final de la historia; el final de las guerras, pues entre países que comparten esta forma de gobierno no se dan las guerras. Algunos llegaron incluso a creer que había llegado el momento de que se hiciera realidad la profecía de Isaías y las espadas podrían fundirse para hacer arados.

Sin embargo, este ambiente de optimismo no era compartido por la inmensa mayoría de los expertos de las relaciones internacionales y por las mismas organizaciones internacionales de seguridad y defensa. Todos ellos advertían que el ambiente de seguridad había cambiado en el mundo, y a que nuevos riesgos de carácter principalmente global amenazaban a la sociedad. Esa

nueva realidad emergente, como consecuencia del proceso del colapso del comunismo y del fin de la confrontación Este-Oeste, no fue percibida así por la mayoría de los ciudadanos y, por tanto, la presión de estos a sus líderes políticos fue dirigida a relajar esos dispositivos de seguridad. Una vez más, realidad y percepción no coincidían.

La Alianza del Atlántico Norte en el primer Concepto Estratégico aprobado por los Jefes de Estado y de Gobierno en Roma el 8 de noviembre de 1991 después de la Guerra Fría, ya dejó claro que tras la desaparición de la Unión Soviética y del Pacto de Varsovia, habían nacido nuevos riesgos que podían poner en peligro la seguridad de los aliados por ser “multidireccionales y complejos”, lo que les convertía en más difíciles de prever y analizar. Los nuevos riesgos podían proceder de las graves dificultades económicas, sociales y políticas, incluidas las rivalidades étnicas y las disputas territoriales. Además, ese Concepto Estratégico ya señalaba a las acciones terroristas, junto con la proliferación de armas de destrucción masiva, la ruptura de los aprovisionamientos de los recursos vitales y sabotajes como riesgos de naturaleza más amplia que podrían afectar a los intereses de seguridad de la Alianza. La OTAN contemplaba en ese documento la necesidad de coordinar esfuerzos, siempre que fuera necesario, incluida la respuesta a tales riesgos.

El Concepto Estratégico (CE) aprobado en 1999, sigue resaltando al terrorismo como uno de los riesgos latentes que pueden afectar a los intereses de seguridad de la Alianza, mientras que en la Declaración de Washington, que precede al CE, se define al terrorismo como “una grave amenaza para la paz, seguridad y estabilidad, que puede poner en peligro la integridad territorial de los Estados” (1).

Otra organización clave en términos de seguridad para Europa, la Organización para la Seguridad y Cooperación en Europa (OSCE) ya alertaba en la propia “Carta de París para una Nueva Europa” en 1991, que aunque la era de confrontación y división de Europa había terminado, existía el riesgo que determinadas actividades, como actos criminales o prácticas terroristas, pudieran amenazar la estabilidad de las sociedades en su área de responsabilidad. También los Jefes de Estado y de Gobierno llamaban a cooperar, bilateral o multilateralmente, para erradicar dichas amenazas.

(1) CARACUEL RAYA, MARÍA ANGUSTIAS, “*La OTAN ante la cumbre de Praga*”, Real Instituto Elcano, 2003.

Cinco años más tarde, en la “Declaración de Lisboa sobre un Modelo Común y Global de Seguridad para Europa en el Siglo XXI”, subrayaba con mayor contundencia que en la Carta de París, que existía una amplia gama de desafíos para la seguridad europea, entre otros se mencionaban: la violación de los derechos humanos, los nacionalismos agresivos, el terrorismo y la delincuencia organizada.

Finalmente, la “Carta sobre la Seguridad Europea” de Estambul de 1999, se volvía a advertir que el terrorismo internacional, los extremismos violentos, la delincuencia organizada y el tráfico de drogas suscitan problemas cada vez más graves para la seguridad. Además se afirmaba que: *“El terrorismo, en todas sus formas y manifestaciones y sean cuales fueren sus motivos, es inaceptable. Intensificaremos nuestros esfuerzos por evitar la preparación y financiación en nuestros territorios de cualquier acto de terrorismo, y por denegar todo refugio seguro a los terroristas”*.

Estas organizaciones llamaban a los Estados parte para llevar a cabo los ajustes estructurales necesarios dentro de esas mismas instituciones internacionales y para proporcionar los medios adecuados que permitiesen afrontar los nuevos desafíos, entre ellos el terrorismo. Sin embargo, los dispositivos de seguridad y defensa no evolucionaron a la misma velocidad que se asentaban esas amenazas. Ello se achacó a la falta de voluntad política de los Estados.

Esta situación aparente de falta de determinación frente a los riesgos emergentes por parte de la comunidad internacional estaba respaldada por la mayoría de los ciudadanos. En efecto, la realidad de la seguridad, manifestada en parte en las declaraciones finales de las organizaciones internacionales de seguridad y defensa, no coincidía con la percepción de la mayoría de los ciudadanos. Las sociedades desarrolladas se sentían seguras, protegidas. Más aún, esos posibles riesgos los consideraban remotos y era poco probable para que afectaran a sus valores, intereses y modos de vida.

De esta manera, la percepción de la seguridad por parte de la mayoría de los ciudadanos de sus respectivas sociedades desarrolladas se distanciaba, cada vez más, del rumbo que dictaban los acontecimientos y vaticinaban los expertos. En determinadas sociedades se iba difundiendo la idea de que era posible una seguridad total. La profecía que se cumple a sí misma de Thomas,

señalaba en este sentido: “*Si los individuos definen las situaciones como reales, son reales en sus consecuencias*” (2).

Con respecto al terrorismo internacional, la situación era más ambivalente. De partida no existía un concepto claro y admitido por la comunidad internacional que limitara de manera nítida los variables que forman parte de la ecuación de este fenómeno. En unos casos, el terrorismo se valoraba como un tema doméstico que afectaba a determinados Estados o áreas geográficas. En otros casos, se consideraba como acciones esporádicas que nunca les llegarían a afectar. En definitiva, estas posiciones ambiguas y egoístas de los actores estatales, apoyadas por sus respectivas opiniones públicas, contribuyeron a que, a pesar de valorar el terrorismo como una verdadera amenaza, no se tomaran las decisiones necesarias de manera multinacional para disipar ese riesgo, tal y como las declaraciones finales de las organizaciones internacionales reclamaban a partir de los años noventa.

Los atentados del 11 de septiembre conmocionaron, por el traumático despertar del plácido sueño en el que estaba sumido, a una gran parte de las sociedades desarrolladas y complejas. Los ciudadanos descubrieron en ese momento que sus sociedades eran vulnerables y que la sensación de seguridad que tenían no era coincidente con la realidad. Esa fecha marcó el punto de inflexión para que los individuos comenzasen a advertir que los dispositivos de seguridad y defensa con los que contaban sus Estados, de forma unilateral o colectivamente, estaban mal equipados para hacer frente a esa amenaza y que su carácter era global, tanto en los medios que utilizaban como en el espacio geográfico de actuación.

La repetida falta de voluntad política reinante durante mucho tiempo dio paso a una serie de declaraciones y, sobre todo, de decisiones en todos los ámbitos que hizo avanzar más en unos meses en la lucha contra el terrorismo que en todo el decenio anterior. La solidaridad y la cooperación contra el terrorismo se materializó en la Resolución 1373 (2001) del Consejo de Seguridad de Naciones Unidas por la que se adaptaba unánimemente una amplia gama de medidas antiterroristas. El 21 de septiembre el Consejo Europeo de la Unión declaró su total solidaridad con los Estados Unidos en una reunión extraordinaria para analizar la situación internacional después de estos ataques. Al mismo tiempo el Consejo del Atlántico Norte en la declaración del 12 del mismo mes consideró ese ataque como una acción cubierta por el artículo 5 del Tratado de Washington.

(2) MERTON ROBERT, “*Teoría y estructura sociales*”, 3ª ed, México, FCE, 1987, pag, 506.

La sucesión rápida de todos estos acontecimientos junto con las manifestaciones emocionales de diferente índole, ha hecho difícil valorarlos de manera fría y coherente. Por eso, muchos investigadores se han puesto en marcha para intentar buscar las razones verdaderas de esos fenómenos, sobre todo en lo que al terrorismo se refiere.

Para ampliar y profundizar en este campo, se han seleccionado el pensamiento aportado por Thérèse Delpech. Esta francesa, especializada en cuestiones nucleares y de seguridad internacional, posiblemente no sea aún un clásico en el campo de la seguridad debido a su juventud. No obstante, en los últimos años ha dedicado todo su esfuerzo para conocer cuáles son las claves que gobiernan el mundo de la posguerra fría y, de hecho, hoy está presente en la mayoría de los foros donde se habla de seguridad europea.

Tal vez, por lo reciente de los hechos que analiza, no es posible juzgar la validez de las tesis que presenta en su obra, pero ella tiene la virtud de ordenar toda la avalancha de hechos que han acontecido en un corto espacio de tiempo e invita a reflexionar para encontrar las causas que han dado lugar a tales sucesos.

La tesis que está presente a lo largo de su obra es que la violencia que sufre actualmente el mundo, cuya máxima expresión es el terrorismo, es una consecuencia del desorden del sistema internacional desde el final de la Guerra Fría. La mundialización es para ella un fenómeno que merece su atención. Delpech cree que la globalización no solamente se traduce en un desarrollo creciente de los intercambios de bienes, sino también favorece el contagio del “mal”. El terrorismo considera que se está beneficiando de las fallas que este proceso está originando.

Otro aspecto que estudia como posible causa que contribuye al terrorismo es la crisis de los Estados. El siglo XX ha sido el de la hipertrofia de los Estados, el siglo XXI tal vez sea el de los Estados fallidos. La pérdida de control de los Estados, se pregunta la autora, puede suponer que estos no sean capaces de garantizar la seguridad de sus ciudadanos e incluso puedan ser utilizados por grupos terroristas como base territorial para posteriormente llevar a cabo sus acciones en cualquier parte del planeta.

Las armas de destrucción masiva también son tratadas por Delpech, pues los terroristas se pueden beneficiar de la proliferación de esas armas. Los principales grupos terroristas han

mostrado un interés creciente por poseer este tipo de armas. La falta de control de ellas pone en peligro la estabilidad internacional. Los últimos atentados terroristas han demostrado que los terroristas eran individuos cultos y técnicamente capaces de asimilar los conocimientos que requieren la utilización de las armas de destrucción masiva, sobre todo las bacteriológicas y las químicas.

Finalmente, a partir del 11 de septiembre, valora el papel de los europeos y de la Unión Europea en la lucha contra el terrorismo y la diferencia de percepción entre los aliados de una orilla y otra del Atlántico.

LA OTRA CARA DEL FINAL DE LA GUERRA FRÍA

Son muchos los autores que han estudiado, desde diferentes ópticas y campos de investigación, qué tipo de sistema internacional es el que impera en el mundo después del final de la Guerra Fría. Thérèse Delpech no es una excepción. Ella intenta explicar el afloramiento de riesgos asimétricos a la seguridad por la política de caos que se inició con el hundimiento del orden bipolar y que ha seguido por la falta de capacidad de la sociedad internacional para reemplazarlo por otro.

Al periodo transcurrido desde que se arrió la bandera de la Unión Soviética en el Kremlin hasta el ataque terrorista en las torres Gemelas se ha denominado de manera ambigua: la posguerra fría. En este espacio de tiempo muchos son los elementos que han aparecido en la sociedad internacional para modificar la naturaleza de la seguridad. Las esperanzas iniciales por el colapso del comunismo, la reunificación de Europa y la colaboración de las grandes potencias en la primera Guerra del Golfo, dio paso a la inquietud, por el aumento de los conflictos étnicos en los Balcanes, Indonesia y África; por los ensayos nucleares de India y Pakistán que aportaban la prueba que la amenaza atómica podía renacer bajo otras formas y, por la posibilidad de que nuevos países, como Corea de Norte, pudieran contar con armas nucleares. El desvanecimiento del sueño de un mundo más seguro llevó a los Estados Unidos a fomentar el interés por instalar un sistema de defensa antimisiles frente a la amenaza que suponía para sus intereses la posesión de misiles balísticos en manos de Estados denominados “rogue countries” (Estados irresponsables).

La cuestión central del debate entre Estados Unidos y sus Aliados a principios del año 2001 era si este tipo de defensa antimisiles incrementaría la seguridad internacional o, por el contrario, aportaría más inseguridad. A todos estos acontecimientos se unía lo que se había acuñado como guerra asimétrica, es decir, la nueva capacidad de los países pocos desarrollados y de pequeños grupos de individuos para desafiar a los Estados más poderosos con estrategias sorprendentes. Por otro lado, el fenómeno de la globalización, no bien definido todavía, tenía efectos no deseados para la seguridad. También la revolución de la información contribuyó a cambiar la naturaleza del conflicto, aunque no se ha valorado todavía bien su alcance. Todo estos elementos han hecho que las esperanzas de contar con un nuevo orden mundial se hayan desvanecido a principios del siglo XXI, afirma Delpech.

Los atentados terroristas del 11 de septiembre para esta autora no tienen una explicación en el pasado y abren una nueva fase histórica. Lo más significativo para ella ha sido que una organización no estatal, en una época de paz, sea capaz de golpear el corazón de la primera potencia mundial. Pero este acontecimiento es la manifestación expresa de una falta de orden, pues estamos inmersos en una política de caos desde la caída del muro de Berlín. Dos aspectos son los que están favoreciendo el aumento de riesgos asimétricos, entre ellos el terrorismo: la pérdida de control de los Estados y la globalización.

Thérèse Delpech señala que hoy, al menos en numerosas regiones del mundo como: África, Asia Central, Europa Oriental y en una parte de América Latina, los Estados no controlan más que una parte de su territorio, son los denominados “Estados fallidos”. La falta de control por parte de los respectivos gobiernos genera un conjunto caótico en donde se dan toda clase de actividades ilícitas, desde el tráfico de drogas y armamentos hasta el establecimiento de manera permanente de organizaciones terroristas internacionales. Actualmente nadie se sorprende que Afganistán fuese el Estado elegido por la red terrorista de Ossama bin Laden para ser la base principal de sus actividades, pues reunía requisitos suficientes para estar dentro de la categoría de “fallido”. Era un país desgarrado después de más de veinte años de guerras, estaba desprovisto de un gobierno legítimo y el comercio de la droga se había convertido en la principal fuente de riqueza. Sin embargo, advierte esta autora francesa, este país no es el único caso. Somalia, Yemen, Sudán, Indonesia o Filipinas son otros países que son utilizados por redes terroristas de diferente índole por la falta de capacidad de ejercer sus gobiernos autoridad sobre el espacio de soberanía.

El fenómeno del Estado fallido se extiende también de manera generalizada a los territorios que comprendían la antigua URSS. Delpéch incluye a Ucrania, Georgia y los nuevos Estados de Asia Central e incluso a la propia Rusia. En ellos se produce toda clase de tráfico ilícito y de actividades criminales, que debido a la cercanía de Europa tienen efectos directos sobre su seguridad. En este sentido señala que esta situación favorece el tráfico de armas de destrucción masiva, especialmente las nucleares. De hecho, las tres últimas actuaciones policiales contra el tráfico ilegal de material nuclear tuvieron lugar en Bulgaria, Georgia y París, donde requisaron algunos gramos de uranio enriquecido procedentes de Rusia.

Estos conjuntos de territorios bajo la ley de caos son origen de inestabilidad y de inseguridad que contamina al resto del mundo. Hasta los atentados terroristas perpetrados en Washington y en Nueva York, esta anomia no ha sido vista como fuente de riesgos para los intereses fundamentales de los Estados desarrollados. Más bien, ellos han decidido intervenir de manera selectiva en aquellos lugares donde, además de tener lugar una flagrante violación de los derechos humanos, podían tener alguna consecuencia para la estabilidad mundial y, por ende, para sus respectivos intereses nacionales.

El respeto al derecho humanitario, desde el punto de vista de esta escritora, no es suficiente para proyectar estabilidad en el mundo, es necesario más, reemplazar anomia por orden. Hay que volver a recuperar el concepto de soberanía de los Estados. Los Estados tienen tal atributo para asegurar la esencia de su función: la seguridad de los ciudadanos. Pero muchos de estos Estados fallidos no pueden salir por sí solos de esta situación. La comunidad internacional, especialmente los países occidentales, han comprometido fuerzas militares para frenar guerras y conflictos, con éxito la mayoría de las veces, pero no han sabido gestionar la vuelta a la normalidad, *nation building*, quizás porque esa misma comunidad no cuenta aún con los instrumentos necesarios para asegurar la transición al orden en las sociedades desgarradas.

Thérèse Delpéch considera que dejar a este tipo de países abandonados a su suerte es una amenaza potencial para la seguridad mundial, ya que los posibles grupos no estatales pueden utilizar el caos y la miseria para establecer en dichos territorios circuitos criminales. Los países occidentales son muy reacios a dejar a sus soldados desplegados durante mucho tiempo una vez que la guerra o la crisis ha terminado; sin embargo, la colaboración para volver a estructurar estos países es clave. En este sentido, Estados Unidos, a partir del desastre de Somalia en 1993, ha sido el más reticente para comprometer sus Fuerzas Armadas en el proceso de *nation*

building. No obstante, después de los atentados terroristas y la posterior intervención militar en Afganistán se está demostrando que la doctrina americana en este campo está cambiando. Es tan importante ganar la guerra o conseguir la paz como, posteriormente, implicarse en crear las condiciones necesarias para que esas sociedades bajo el imperio de la confusión se dimensionen tanto en lo político, económico, social como en lo militar.

Finalmente destaca la situación de continente africano. Para esta autora, África es una verdadera bomba de relojería, pues con un 1% del comercio mundial y un crecimiento demográfico galopante, una parte de la juventud africana puede encontrar una salida fácil en actividades criminales o terroristas. Sin embargo, los europeos, a pesar de su cercanía, no están prestando suficiente atención y ayuda a los Estados más desprotegidos de ese continente. Termina afirmando al referirse al futuro:

El Estado está cada vez más lejos de tener el monopolio exclusivo de violencia. Los concurrentes no estatales pueden tener un creciente éxito en el manejo de la misma —y como ellos no están obligados ni por los tratados internacionales ni por los intereses que condicionan a los gobiernos, sus actos no conocen límites—. Después de haber sufrido la hipertrofia estatal, ¿se ha entrado en la época de la inseguridad del Estado?

Como corolario de lo anterior, la distinción entre actor estatal y no estatal tal vez no es tan relevante como había sido en el pasado. Delpech destaca que una de las lecciones que se desprende de los atentados del 11 del septiembre es la posibilidad que los Estados puedan utilizar en lo sucesivo las organizaciones terroristas para conseguir sus intereses nacionales o negárselos al adversario. Esta posibilidad tiene la ventaja de alcanzar los intereses vitales de un adversario sin arriesgarse a posibles represalias.

Otro aspecto central en la tesis de esta autora es la relación existente entre la globalización (3) y la seguridad internacional. Este fenómeno, más económico que estratégico, está teniendo efectos no previstos por sus promotores. La mundialización en principio debía conducir a una disminución de los conflictos como consecuencia de los beneficios producidos por el desarrollo económico y tecnológico y por el aumento de la transparencia internacional gracias a los medios

de comunicación. Sin embargo, de los atentados terroristas del 11 de septiembre se desprende otra lectura, según señala esta escritora. Los atentados fueron cometidos por terroristas sudaneses y egipcios que habían estudiado en Europa y las acciones terroristas de aquel día han tenido consecuencia en Afganistán, India y Pakistán y, en general, en el conjunto del mundo musulmán e incluso en las relaciones de los Estados Unidos con sus Aliados y con Rusia.

Delpech valora negativamente la globalización desde el punto de vista de la seguridad internacional porque está favoreciendo la proliferación de grupos terroristas y, consecuentemente el incremento de la violencia. Para ella, en un mundo donde cada vez hay más libertad de comercio y el intercambio de mercancías es una norma más que una excepción, los grupos terroristas tienen una mayor facilidad para adquirir todo tipo de instrumentos que precisan para generar violencia. Además, las tecnologías de doble uso son muy difíciles de restringir y también controlar en qué manos caen y con qué fines. Esto es especialmente así cuando los receptores son organizaciones no gubernamentales. Esta situación de permeabilidad entre los Estados, no sólo de medios sino también de métodos e ideas, acrecienta la posibilidad de contagios de conflictos locales o regionales. *“Dentro de la globalización se produce una mezcla que resulta ser a veces explosiva entre proximidad y distancia”*, subraya. El principal peligro de la globalización es la inquietud que genera para la población joven de los países en vías de desarrollo su futuro, dada su falta de integración en la sociedad de la mundialización. Una importante parte de los terroristas de Al-Qaeda que cometieron los atentados eran cultos pero no estaban integrados dentro de la modernidad en un momento en el que una parte de la sociedad internacional está inmersa en la era de la posmodernidad.

La mundialización tiene según esta autora un cierto paralelismo al Antiguo Régimen en Francia, por ser portador de un germen revolucionario. En efecto, durante el curso de los siglos XVII y XVIII se produjo en el país galo una destrucción progresiva de las estructuras intermedias del Antiguo Régimen que desembocó en un aislamiento de los individuos frente al Estado y esto fue una de las principales causas de la violencia revolucionaria. Doscientos años más tarde, se puede ver en la globalización una radicalización a escala mundial de un fenómeno comparable, portador de un nuevo tipo de movimiento revolucionario que expone a los individuos directamente a los dictados de la economía global.

(3) Globalización y mundialización son dos conceptos convergentes, si bien hay autores que piensan que la mundialización es una parte de la globalización referido al aspecto económico. En este trabajo se mencionará

Las nuevas formas de terrorismo, más extendidas en su cobertura geográfica y más brutales en cuanto a sus medios de ejecución, aparecieron casi al mismo tiempo que el triunfo de la mundialización. Afirma esta autora francesa que el terrorismo internacional es la cara oculta de la globalización, como el terrorismo de los años setenta era la cruz de la democracia en Europa. La abstracción de la globalización tiene el germen de las fuerzas revolucionarias. El no comprender esta realidad significa ser víctima de la violencia ciega que encierra.

LAS NUEVAS MANIFESTACIONES DEL TERRORISMO

El terrorismo no es un fenómeno nuevo en la historia de la humanidad, pero se observa que está sufriendo una profunda transformación si se compara con los movimientos terroristas de los años setenta. Estos cambios son tanto cuantitativos como cualitativos. Thérèse Delpech considera que el nuevo terrorismo se caracteriza sobre todo por tener como objetivo el crimen en masa. En los años setenta, por el contrario, los grupos terroristas buscaban su publicidad por medio de acciones selectivas para limitar los daños. A partir de los noventa, los terroristas se apoyan en la destrucción masiva, mediante el asesinato del mayor número de personas, como mejor manera de difundir sus ideas. En el primer atentado contra las torres Gemelas de Nueva York buscaban asesinar 250.000 personas, siguió la masacre de Tanzania y de Kenia hasta llegar a los atentados del 11 de septiembre en el que murieron entorno a 6.000 personas.

El temor a que las acciones terroristas sigan el rumbo del asesinato indiscriminado se acrecienta por el interés mostrado por estos grupos en el empleo de armas de destrucción masiva, lo que se denomina terrorismo NBQ (Nuclear, Bacteriológico y Químico). Esta preocupación está respaldada, señala la autora, por la existencia de varios grupos terroristas que tienen expertos que trabajan en obtener agentes y equipos necesarios para fabricar estas armas. Prueba de ello ha sido el descubrimiento de campos de entrenamiento, como el de Derunta en Afganistán, para formar a los terroristas en la fabricación de armas biológicas y químicas. La constatación del fundamento de estos temores fue el empleo del gas sarín en el ataque de Tokio en 1990 y las cartas con ántrax en los Estados Unidos después del 11 de septiembre.

Delpech piensa que el afán de las redes terroristas por dotarse de armas de destrucción masiva obedece a la estrategia de aumentar el daño de manera indiscriminada en sus acciones

criminales. Además, éstas son atractivas para los terroristas por ser relativamente fáciles su fabricación y utilización y, por los devastadores efectos psicológicos que tienen en la población. Dentro de todo este tipo de armas, las biológicas y químicas, son más fáciles de obtener y manejar, por eso esta escritora advierte que es ahí donde la comunidad internacional debe hacer un mayor esfuerzo para que las organizaciones no estatales no puedan acceder a los componentes a partir de los cuales se pueden fabricar.

Otro aspecto, que para la autora francesa ha supuesto un cambio importante de los grupos terroristas que operan en la actualidad respecto al de los años setenta y ochenta, ha sido la organización. Frente a las estructuras fuertemente jerarquizadas, hoy emplean las estructuras en red, muy móviles, con gran autonomía de decisión en el ámbito local y con poco contacto las unas con las otras. Estas pequeñas unidades pueden desplegarse en un corto espacio de tiempo a cualquier lugar. Su movilidad les permite unirse para actuar y dispersarse rápidamente. La comunicación entre las células se hace a menudo sin referencia a una autoridad central y cuando éstas son desmanteladas, se reemplazan casi instantáneamente. Este tipo de estructura permite disponer de miles de miembros dispersos por todo el mundo. La Fracción Armada Roja tenía 35 miembros, las Brigadas Rojas alrededor 75 y Al-Qaeda se calcula entre 5.000 y 15.000 miembros.

Las redes terroristas se aprovechan cada vez más, afirma Delpech, de las oportunidades que ofrece las nuevas tecnologías de dos maneras fundamentales. Por un lado, permiten conducir a sus organizaciones por medio de los sistemas de información existentes en el mercado para organizar, dirigir y obtener información sobre posibles objetivos y, finalmente, ordenar su ejecución. Además, esta estructura hace posible multiplicar el número de grupos *ad hoc* y los terroristas pueden aprender una gran parte de lo que necesitan saber simplemente por medio de una página web al alcance de cualquier usuario. Por otro lado, el ciberterrorismo es otra amenaza que está presente debido a las posibilidades que ofrece la era de la información. Este tipo de acciones, según la autora objeto de estudio, están llamadas a crecer en los próximos años.

Las sociedades modernas, complejas y desarrolladas, son cada vez más vulnerables al terrorismo en razón de su organización, de su alta concentración humana y de la gestión de los recursos esenciales. Es relativamente fácil atacar cualquier blanco de una lista sinfín de objetivos vitales para el desarrollo normal de este tipo de sociedades. En la medida que los objetivos son menos selectivos para limitar el daño, aumenta el número de ellos: colegios, redes eléctricas,

concentraciones humanas, etc. Los documentos capturados a los terroristas de Al-Qaeda en Afganistán no hacen más que confirmar esas sospechas.

Posiblemente en un mundo desarrollado, donde las grandes ideologías revolucionarias se han ido marchitando, el concepto de suicidio ha perdido sentido. Sin embargo, en la medida que el radicalismo político, basado en esas ideologías revolucionarias, está siendo reemplazado por los fundamentalismos religiosos, este concepto vuelve a aflorar en el lenguaje de aquellos cuyas ideas intentan imponer antes que proponerlas a los demás. El suicidio es uno de los principales instrumentos que emplea los grupos terroristas con fundamentos religiosos radicales contra un mundo hedonista que teme a la muerte más que a cualquier otra cosa.

El terrorismo que tiene como base algún tipo de fundamentalismo religioso, morir por la “causa” se presenta a sus adeptos como un orgullo, lo que, a su vez, se convierte en la gran fuerza de los nuevos terroristas. Suicidio y destrucción en masa forman parte de la metodología de las actuales redes terroristas. El suicidio como conducta para conseguir el éxito de su lucha es un método extendido no solamente dentro del mundo musulmán, sino también dentro de otros grupos terroristas. El suicidio tiene efectos psicológicos devastadores para los ciudadanos de los países más desarrollados y democráticos, pues no encuentran una explicación convincente a esas actitudes.

Para Thérèse Delpech, hay una lección que se puede extraer después de los últimos atentados terroristas. Y es que, a pesar de vivir en un mundo materialista, la fuerza de las ideas, religiosas o ideológicas están por encima de los intereses. Por eso, aún en el siglo XXI, es más fácil morir por lo primero, es decir, por las ideas.

¿CHOQUE DE CIVILIZACIONES?

Desde que Samuel Huntington dio a conocer su controvertida tesis sobre el choque de las civilizaciones en 1993, en la que afirmaba que aquéllas basadas fundamentalmente en las religiones, estaban configurando las pautas de desintegración y conflicto en el mundo de la posguerra, su pensamiento ha estado presente en la mente de los teóricos de las relaciones internacionales, de los líderes políticos y también en una parte importante de los ciudadanos. Sus postulados han tenido tantos detractores como incondicionales. También es cierto que muchos de

los que en público consideraban que esa teoría dificultaba la construcción de un ambiente de confianza entre las civilizaciones, mantenían un punto de vista contrario en privado.

Cuando se producen acontecimientos sangrientos que tienen como fondo la defensa de algún tipo de ideología religiosa por medio de la violencia, vuelve a reavivarse el postulado de Huntington. Él consideraba que el principal choque de civilizaciones sería, en el siglo que nos encontramos, entre la occidental y la islámica. La tentación de Occidente, fundamentalmente de EEUU, de imponer sus valores, sistema político y estándar de vida, era visto por el resto del mundo como imperialismo. Por tanto, existe siempre el peligro latente de contrarrestar ese poderío occidental buscando atajos, al no disponer ni de los medios económicos ni tecnológicos del mundo Occidental. El terrorismo y las armas de destrucción son actualmente dos instrumentos que pueden servir a tal fin.

Dentro de la visión de Thérèse Delpech, el terrorismo internacional es una de las consecuencias del caos que se ha instalado en la sociedad internacional. Sin embargo, en algunas áreas y civilizaciones, observa la autora, son más propensas al uso de la violencia terrorista para defender sus ideologías o creencias. Mediatizada por los acontecimientos del 11 de septiembre, intenta conocer por qué proliferan con mayor facilidad los grupos terroristas en el mundo musulmán en los últimos. Además se pregunta si los terroristas y sus acciones criminales cuentan con el respaldo de una parte significativa de la población musulmana. Se plantea esta pregunta por la sorpresa que le ha causado que una importante parte del mundo árabe recibiera esos atentados como un signo de orgullo y con expresiones de júbilo. La autora piensa que esas reacciones son una manifestación de la profunda frustración de los musulmanes hacia el mundo occidental representado por los Estados Unidos.

El terrorismo para Delpech es un mal endémico dentro de la sociedad musulmana donde la población está sometida simultáneamente a la violencia del Estado y a la de los grupos terroristas que se oponen al poder existente. Añade, además, la incapacidad de la mayor parte de los países musulmanes para abrirse a los valores democráticos, para creer en las instituciones democráticas y para desarrollar una vida intelectual y cultural adecuada que sirva de motor de cambio. La autora considera que uno de los grandes temores de los defensores de la democracia en estos países es que se utilice la lucha contra el terrorismo como un medio para controlar a la población, calificando de terrorista a todo aquel que se opone al sistema político existente en esos países.

Por otro lado, afirma que las sociedades que no toleran ninguna forma de debate público, la religión se utiliza como el único medio de expresión posible y, a través de ella, se anima a adoptar las posiciones políticas más radicales. La ausencia de legitimidad de los dirigentes políticos, su incapacidad para abrir perspectivas a la población joven y su corrupción generalizada hace que una parte de esa población, especialmente la más joven, busque en la religión su tabla de salvación.

Gran parte de los países musulmanes se encuentran entre los menos desarrollados del mundo. Desde que muchos de ellos dejaron de ser colonias no han sabido planificar adecuadamente su futuro y, por tanto, la modernización sigue siendo la asignatura pendiente. Las consecuencias son evidentes: políticas autoritarias, una alta tasa de natalidad y de paro, corrupción, gran diferencia entre las escalas sociales, en la que prácticamente no existe una clase social media que sirva, como ocurrió en otros países en transición, como elemento de estabilidad y modernización. En definitiva, el mundo musulmán se ha replegado en sí mismo. Termina señalando la autora:

En lugar de comprender que el poder depende de la cultura y de la educación, es la compra de armas lo que pasa a ser lo esencial de las riquezas del mundo árabe. Arabia Saudita es un excelente ejemplo.

El caos reside en el mundo musulmán y, siguiendo la tesis de Delpech, ello genera inestabilidad, por lo que el terrorismo encuentra en este ambiente las condiciones necesarias para crecer. El profundo rencor hacia lo occidental, especialmente hacia a los Estados Unidos, aunque se debe a varias causas históricas, las más reseñables son dos. Por un lado, la I Guerra del Golfo dejó graves herencias por sus consecuencias, como fueron la presencia militar americana en Arabia Saudita y las sanciones internacionales a Irak. Por otro lado, la actitud americana en el endémico conflicto entre israelitas y palestinos.

A diferencia de Huntington, Delpech no considera que el rencor del mundo musulmán hacia lo occidental y las acciones terroristas contra la civilización occidental obedezcan a una verdadera fractura entre ambas civilizaciones. En este sentido afirma que:

El peligro de las guerras religiosas es mayor que el de las guerras entre civilizaciones porque las religiones tienen un poder más grande que las civilizaciones. Al-Qaeda usa la religión no sólo para reconocer a su Dios como el único, sino también para usar el poder absoluto de la fe religiosa en países donde el analfabetismo les impide a una importante parte de la población leer el Corán.

Sin embargo, a pesar de la fuerza que les da la ideología que postulan, las razones de proliferación de grupos terroristas y sus acciones criminales hay que buscarlas más bien en la falta de desarrollo político, económico y social que viven los diferentes países musulmanes. En definitiva, el caos reinante hace que no se vea ningún tipo de perspectiva y ello es origen de frustración.

LA LUCHA CONTRA EL TERRORISMO INTERNACIONAL

El terrorismo actual se caracteriza por no ser portador de reivindicaciones concretas, por atacar cualquier objetivo en cualquier lugar sin avisar y habitualmente no tienen un centro localizado de operaciones. Tampoco tiene una voluntad de invadir, ni se interesa por incautar las riquezas de los países a los que ataca, pero muestra una sólida voluntad de destruir el orden existente. No duda en emplear cualquier tipo de medio violento para tal fin. Rechaza la distinción entre objetivos civiles y militares y es inspirado más que disuadido ante la perspectiva de entregar su vida por la causa. Su verdadera fuerza no reside ni en las armas que utiliza ni en su determinación de destruir, sino en la ideología radical que defiende.

La disuasión, en este contexto, es menos relevante que en las amenazas que representaba la acción de unos Estados contra otros, ya que sorpresa y conmoción forman parte de la estrategia asimétrica del terrorismo. La estrategia de la disuasión falla frente actores no estatales, pues ellos no tienen nada que perder, sobretodo, cuando utilizan el suicidio como método de actuación. También los actuales dispositivos de defensa, tanto de los Estados como los establecidos en un contexto multinacional, resultan ser ineficaces para afrontar esta amenaza.

La comunidad internacional, consciente que los dispositivos clásicos de defensa no son eficaces para la lucha contra el terrorismo, busca nuevas formas de hacerle frente. Delpech propone, a la luz de los atentados del 11 de septiembre, las siguientes orientaciones:

- Un riesgo transnacional requiere de la cooperación internacional como mejor manera de asegurar los intereses comunes. Las alianzas y los acuerdos que se forjaron contra el terrorismo después de los atentados de Washington y Nueva York recuerdan a la alianza creada con motivo de la I Guerra del Golfo. Las acciones tanto multilaterales como bilaterales para reducir el peligro del terrorismo internacional han hecho que se avanzase en unos meses más que en todo el tiempo precedente en este campo. El gran desafío, desde el punto de vista de la escritora, es mantener esta coalición el mayor tiempo posible como mejor forma de vencer al terrorismo.
- La erradicación de las fuentes de financiación de los grupos terroristas. Aunque la globalización permite que los recursos financieros se puedan refugiar en cualquier lugar del mundo, también proporciona la ventaja que es más fácil que antaño perseguir esas fuentes, siempre y cuando los Estados colaboren. Para tal fin el sistema bancario está adoptando nuevas formas de transparencia y restricciones a los movimientos de capitales. Los gobiernos muestran una actitud favorable de poner límites a la globalización y la libertad de comercio para combatir la financiación del terrorismo.
- La información sigue siendo fundamental en la lucha contra el terrorismo internacional. Sin embargo, se ha demostrado que los servicios de información no sólo de los distintos Estados, sino también los existentes en cada Estado, como se demostró con los de los Estados Unidos, no estaban bien coordinados. Líneas de cooperación en este campo son cruciales para abordar esta lucha.
- La defensa civil que se había considerado secundario una vez que, al menos en Occidente, se valoraba como improbable un ataque generalizado de un Estado contra el territorio de otro, ha demostrado que sigue siendo útil y que en el futuro deberá reforzarse. Para Delpech, la separación entre defensa civil y militar debe desaparecer. La posibilidad de que los ataques terroristas estén dirigidos contra civiles, exigirá un mayor esfuerzo en su protección, por eso la defensa civil tendrá un importante papel que desempeñar en este escenario.

Finalmente, esta autora advierte que el terrorismo va dirigido contra todos. El creer que es sólo un asunto de los Estados Unidos puede acarrear graves consecuencias. Ningún Estado puede

permitir que los americanos salgan mal parados de esta lucha, pues llevaría al mundo a un ambiente de terror y de mayor caos.

EUROPA FRENTE AL TERRORISMO

Al finalizar el año 2002, el Instituto de Estudios de Seguridad de la Unión Europea publicó un monográfico titulado: “Terrorismo internacional y Europa”, elaborado por Thérèse Delpech, donde exponía su punto de vista de la percepción que Europa tiene respecto a Estados Unidos del terrorismo internacional, y el papel que la Unión Europea podía y debería desempeñar en este campo. El estudio está excesivamente mediatizado por los atentados del 11 de septiembre y, por tanto, se centra de manera monocorde con los terrorismos basados en radicalismos religiosos.

El terrorismo en Europa ha sido un fenómeno persistente desde hace mucho tiempo. El viejo continente ha soportado la violencia de distintos grupos terroristas con diferentes objetivos y manifestaciones, como el GRAPO y la ETA en España, las Brigadas Rojas en Italia, el terrorismo corso en Francia, el 17 de Noviembre en Grecia o el terrorismo irlandés en el Reino Unido. En otras ocasiones, se ha utilizado el suelo europeo como base logística de grupos terroristas que atentaban contra intereses de terceros países. El más conocido fue la presencia en Europa, principalmente en Francia, de los miembros más radicales del FIS (Frente Islámico de Salvación) argelino que dieron lugar a distintos grupos terroristas bajo el control del GIA (Grupo Islámico Armado) que se hizo responsable del intento de atentado terrorista en Francia en diciembre de 1994, cuando un Airbus que procedía de Argelia fue secuestrado y los terroristas intentaron derribarlo en la Torre Eiffel.

Muchos de estos terrorismos se han calificado de domésticos para señalar que cada uno de ellos atentaban contra los intereses de un Estado particular pero no tenían incidencia para el resto del mundo, en este caso de Europa. Lo doméstico escondía inhibición e insolidaridad del conjunto de la comunidad internacional para cooperar en la lucha contra cualquier tipo de terrorismo. Hoy, en la medida que un atentado se puede preparar en un lugar concreto pero puede haberse organizado y planeado a cientos, tal vez a miles, de kilómetros del lugar de la ejecución y, con recursos financieros de distintas fuentes y procedencias, apoyándose en las posibilidades que ofrece la globalización, la distinción entre internacional y doméstico ha quedado obsoleta.

Delpech no aborda directamente este asunto tan sensible al referirse a Europa, tratando el terrorismo como un fenómeno transnacional. Sin embargo, admite esta idea implícitamente, al considerar que esta amenaza está reconfigurando el dispositivo de seguridad y defensa tanto de los Estados como el de las organizaciones internacionales responsables de ello. Si en Europa se quiere hacer frente al terrorismo, se debe considerar la seguridad como un todo, diluyendo la distinción entre seguridad interior y exterior. En la búsqueda de esa seguridad participan fuerzas policiales y militares allí donde sea necesario. Muchos gobiernos europeos han sido, hasta ahora, reticentes al empleo de medios militares contra el terrorismo porque se le valoraba como una amenaza exclusivamente interna. La seguridad del siglo XXI, para la autora, debe verse bajo el principio de unicidad y, por tanto, todas las fuerzas de un Estados son necesarias para actuar contra el fenómeno del terrorismo en un marco multilateral.

En esta línea argumental, Thérèse Delpech señala que Europa debe ocupar un papel más activo en la defensa de sus intereses a través de la disponibilidad de medios adecuadamente estructurados y organizados para hacer frente a las presentes amenazas. En una época en que la distinción entre interior y exterior es cada vez más borrosa, el dispositivo de defensa también se debe de adaptar a esa realidad. La defensa territorial clásica, por un lado, que significa no sólo resistencia frente a una invasión sino también protección de puntos vitales, data de la Guerra Fría y proyección de la fuerza, por otro lado, concepto procedente de la posguerra Fría, también está perdiendo consistencia de manera aislada. La defensa, considera la escritora, debe de tener capacidad de actuar allí donde procedan las amenazas. La capacidad para actuar en diferentes circunstancias, lugares y con distintas formas de acción, será una de las características principales de las fuerzas militares de esta nueva centuria y en donde Europa tiene todavía que hacer progresos significantes. Como se puede deducir de todo lo anterior, a pesar de hablar de terrorismo internacional, sólo existe en su visión una categoría única de terrorismo.

La base de la lucha contra una amenaza transnacional es la cooperación internacional. A medida que esa cooperación sea lo más robusta posible y dure el mayor tiempo, las posibilidades de éxito aumentan.

La seguridad de Europa ha sido una realidad desde el final de la II Guerra Mundial gracias al vínculo trasatlántico. Los atentados del 11 de septiembre pusieron a prueba esta asociación en

varios frentes de una manera rotunda pero también fugaz. El tiempo ha hecho aflorar diferentes sensibilidades en cuanto al terrorismo se refiere, a un lado y otro del océano Atlántico.

Europa occidental, a diferencia de los Estados Unidos, no siente la necesidad de abordar el terrorismo como una guerra. Los europeos, acostumbrados durante mucho tiempo a sufrir las acciones terroristas, prefieren afrontarlo con una amplia gama de instrumentos como los policiales, los servicios de información o la justicia. Por el contrario, los Estados Unidos han expresado su voluntad y deseo de hacer de la lucha contra el terrorismo la nueva prioridad de su acción exterior y cooperación con Europa, siguiendo la misma metodología que durante la lucha contra el comunismo en el periodo de la Guerra Fría. Los europeos, por otro lado, temen que la posición americana pueda conducir a una guerra sin fin, cuyas consecuencias finales no se hayan valorado adecuadamente. Para Delpech detrás de estas diferencias de opinión, se esconde la divergencia entre Europa y Estados Unidos en cuanto a los gastos de defensa. Desde el 11 de septiembre, Estados Unidos ha aumentado drásticamente las inversiones en gastos militares, mientras Europa no ha seguido, una vez más, ese camino, solamente Francia y el Reino Unido han decidido incrementar sus presupuestos de defensa de una manera significativa. Lo que supone que el conjunto de Europa no está adoptando dispositivos de defensa adecuados a los nuevos riesgos, especialmente el terrorismo.

La escritora advierte a lo largo de su obra que uno de los mayores peligros en la lucha contra el terrorismo internacional es la insolidaridad que puede conducir a la falta de cooperación. Se ha afirmado en repetidas ocasiones que el terrorismo que tiene como base radicalismos religiosos, especialmente el islámico, culpa de gran parte de los males de las sociedades musulmanas a los extranjeros y a los infieles, representados por el mundo Occidental que lo confunden y lo identifican con su líder, es decir, Estados Unidos. Los europeos pueden tener la tentación de pensar que ese terrorismo es una muestra de la exasperación de estos grupos hacia Estados Unidos, en general, y por su presencia en Oriente Medio en particular, y que en el futuro, por tanto, seguirán atacando intereses americanos en su propio territorio o en el exterior. Esto podría llevar a una actitud de inhibición, a pesar que muchas de las células terroristas operan desde territorio europeo.

Pensar que el terrorismo afecta a otros pero no a la persona individual, significaría dar cancha a los terroristas. Esta percepción sería errónea e incluso suicida para quienes tuvieran esa tentación. Para la escritora, Estados Unidos es el principal objetivo por ser la cabeza de la

civilización Occidental, de la que Europa forma parte. Si Europa, además, no se involucra más en la lucha contra el terrorismo, el viejo continente se puede convertir en un objetivo cada vez más tentador para los terroristas, en la medida que sus intereses están más desprotegidos que los Estados Unidos.

La falta de un papel más proactivo en este campo por parte de Europa es vista al otro lado del Atlántico por motivaciones geopolíticas y demográficas. Europa es frontera entre el mundo musulmán y occidental. Thérèse Delpech piensa que toda acción no bien medida podría llevar a un verdadero choque de civilizaciones en sus fronteras del sur. Por tanto, es tiempo para la seguridad blanda, favoreciendo, a través de medidas políticas, económicas y sociales, la transición de gobiernos autoritarios a otros democráticos, el progreso donde reina la pobreza y la construcción de sociedades más abiertas y más moderadas. La asociación euromediterránea de la Unión Europea apunta en esta dirección.

Estados Unidos piensa que la presencia de unos 15 millones de musulmanes viviendo en el área de la Unión Europea conduce a los gobiernos europeos a adoptar una posición tímida contra el terrorismo. Estos temen que una mayor implicación podría significar una radicalización de esta población inmigrante, que suele estar menos integrada en las sociedades europeas que en la americana. Esta situación, lejos de estabilizarse, según la autora, se puede convertir en los próximos años en más inestable en la medida que el porcentaje de esta minoría aumentará en Europa, como resultado del declinar demográfico de la población europea y del incremento de obstáculos para el desarrollo de los países de la orilla sur del Mediterráneo, que propiciará que siga el flujo migratorio del sur al norte. El mayor problema de seguridad en Europa es frenar los movimientos migratorios ilegales e integrar dentro de sus sociedades a los ya existentes, como mejor medio de evitar resentimientos que puedan conducir a ser caldo de reclutamiento de futuros terroristas.

Finalmente, Delpech considera que una de las tareas más descuidadas de Europa es África, pues:

Los ataques terroristas han demostrado que los estados fallidos no son simplemente una característica desagradable del mundo posmoderno, sino que también representan un desafío estratégico al proporcionar las bases a los

terroristas, por eso Europa debería prestar mayor atención al continente africano.

Si Europa no afronta con firmeza la estructuración del continente africano, será el primero en sufrir las consecuencias de la violencia y el desorden que reina en los Estados ubicados en ese continente.

LECCIONES APRENDIDAS A PARTIR DEL 11 DE SEPTIEMBRE

Para finalizar este trabajo se expone a modo de conclusión las lecciones que Thérèse del Delpuch ha extraído después de los ataques terroristas a Washington DC y Nueva York. Aunque ya se ha mencionado que, a lo largo de todos sus artículos y libros siempre que se refiere al terrorismo, se centra excesivamente en estos acontecimientos. De todos modos, de su obra se deduce que esta investigadora francesa se aleja del tradicional pensamiento contemporáneo francés con respecto a las relaciones internacionales y los temas de seguridad.

- Los Estados ya no tienen el uso exclusivo de la violencia. Organizaciones terroristas utilizan cada vez más la violencia en masa para dar a conocer sus objetivos. El terrorismo se ha transformado en un asunto estratégico que ya no puede ser tratado exclusivamente por medios policiales y de inteligencia, especialmente cuando los terroristas emplean armas de destrucción masiva, como tradicionalmente se ha hecho en Europa. El terrorismo forma parte integral del aumento de la violencia del principio de siglo XXI y este cambio necesita una nueva organización de los Estados para hacerle frente.

- Por primer vez en la historia del terrorismo, la intervención militar ha sido considerada como necesaria para responder a un ataque terrorista. Esta necesidad fue reconocida por la comunidad internacional por medio del Consejo de Seguridad y la Asamblea General de Naciones Unidas, después de los ataques terroristas en Washington y Nueva York. Europa no ha tomado suficientes medidas en este campo, tanto en el ámbito colectivo como individual. Delpuch deja abierta esta pregunta: ¿Qué hubiera ocurrido si un ataque de la misma magnitud hubiera tenido lugar en Europa?.

- La inseguridad global requiere tanto una visión global del mundo como una cooperación internacional para afrontar las amenazas. Para la autora, Europa actualmente carece de ambos principios. Si quieren tener un mayor peso en la escena internacional deben recuperar esa visión global de la comunidad internacional y aceptar sus responsabilidades.
- El dispositivo de defensa de los países occidentales, que ha servido hasta ahora para protegerse de los ataques de otros países, no es útil para defenderse contra los ataques terroristas dentro de sus propios territorios. Cuando Europa se estaba equipando para disponer de mayor capacidad para proyectar fuerzas, el territorio nacional vuelve de nuevo a ser vulnerable. Por otro lado, los sistemas de disuasión nuclear han mostrado no ser eficaces contra actores no estatales. Delpech señala que nuevas políticas de defensa deben ser puesta en marcha (mejora de las capacidades de información, sistemas de alerta temprana, incremento del número y calidad de las fuerzas especiales, reforzamiento de la defensa civil, protección crítica de instalaciones, etc.) para disminuir la vulnerabilidad, sobre todo de las poblaciones, a la que están expuestas las naciones occidentales.
- Los países occidentales están pobremente equipados para tratar ideas radicales, especialmente en Europa. Los factores ideológicos y religiosos han adquirido una nueva importancia en el escenario internacional, una vez que se consideraba que la ideología había desaparecido del hemisferio al caer el comunismo. Esta autora considera que el fantasma de una amenaza que no puede ser racionalizada y que descansa en el ejercicio de la violencia, impide cualquier proceso de negociación; sin embargo los europeos normalmente ponen excesivo énfasis en ella.
- La integración de las comunidades musulmanas en Europa debe llevarse a cabo con la mayor urgencia. Solamente así se podrá evitar posibles explosiones sociales y que estas comunidades se conviertan en fuente de reclutamiento de grupos terroristas.
- El 11 de septiembre es un símbolo y una advertencia. Es esencial entender el símbolo y oír la advertencia. Europa no puede ser débil ni tolerante ante el terrorismo internacional; toda debilidad tiene un precio.

Finalmente, la raíz del actual terrorismo internacional, con el empleo de una mayor violencia que antaño, hay que verlo como una consecuencia de la teoría que expone en su obra

Thérèse Delpech, es decir, el caos de la sociedad internacional. Un nuevo orden mundial se plantea como necesario para reemplazar la anomia reinante de la sociedad internacional. Esto pasa porque los actores internacionales, principalmente los Estados y las organizaciones, asuman sus respectivos papeles. La Unión Europea tiene que jugar un papel más relevante en temas de seguridad. La política exterior y de seguridad común ha pasado de necesaria a urgente.